



Font y Torrens, editores Barcelona

R. Rochert lit.

forast. Barriera

CAPÍTULO III.

EL LUJO NINIVITA Y BABILÓNICO.



»IDAMOS ante todo á los economistas, y por consiguiente al Sr. Baudrillart, su opinión sobre el lujo ninivita y babilónico.

«La antigua Nínive nos es menos conocida que Babilonia, y está probado que todo lo que de ella se ha podido recoger se aplica á la segunda Nínive, á Hisir Sargón. Esta ciudad, según nos lo enseña una inscripción, estuvo destinada á reemplazar á la primera Nínive y á «reproducir su semejanza.» Es pues de la segunda Nínive sobre todo de la que hablamos, no sin dejar de mencionar algunas leyendas y relaciones que se refieren á la primera.

»Treinta años atrás el que hubiese pretendido indicar con la menor precisión los elementos de un lujo, lo mismo que los de un arte asírico, hubiese pasado por un espíritu quimérico. No se conocía aún por dicho tiempo con exactitud el emplazamiento de esta ciudad gigantesca, recubierta por los restos arcillosos de sus edificios transformados en suelo vegetal.

»Quiquiera que haya seguido no más que como simple curioso, esos interesantes trabajos del descubrimiento de Nínive, no ignora como el suelo de Khorsabad puso á descubierto bajos relieves de una grande importancia, y esos genios que estrangulan leones, y esos toros alados que figuran hoy en los museos del Louvre de París. Llegóse á tocar las murallas, á comprender casi las proporciones inmensas de un palacio del cual guardaban la entrada esas figuras colosales. Se tuvo la prueba escrita en la piedra misma de que ese palacio era el de Sargón, el padre de Sennacherib, palacio erigido por Sargón el mismo hacia 711 antes de Jesucristo. La exploración de una vigésima parte del montículo hizo descubrir nuevas esculturas, numerosas inscripciones y objetos de toda clase. El sucesor de Botta, Víctor Place, debía continuar, con un éxito superior á todo lo que podía esperarse, esas investigaciones tan bien principiadas. La misión de V. Place data de 1850. La Asamblea nacional le votó li-

beralmente fondos, y se puso á su servicio los medios de acción más eficaces. Así pudieron se determinar las dimensiones de la ciudad, el ancho de sus calles y el número de sus puertas. Las eminencias de Kouyoundjick y de Nimrod daban en manos de los ingleses resultados del mismo género, y así pudo adquirirse el convencimiento de que se estaba en presencia de dos ciudades distintas una de otra como en Khorsabad.

»El lujo tenía su parte real en esos primeros trabajos. Vióse salir del suelo buen número de pequeños objetos de mármol, ágata, cornalina y otras materias duras, trabajadas y pulimentadas cual hubieran podido serlo por nuestros joyeros modernos. Á esas piedras duras estaban mezcladas pequeños discos y otros objetos de marfil, que al menor contacto caían reducidos á polvo, y de los cuales sólo uno pudo ser conservado. Halláronse también vasos encerrados dentro de grandes jarras, y también objetos en cobre. Victor Place, cuya obra nos sirve aquí de guía, cita cabezas de gacela repujadas, ofreciendo la más notoria analogía con los objetos de la misma clase que llevan en la mano algunos personajes de los bajo relieves asirios, y que sin duda alguna servían para sacar aceite ó vino. Recogiéronse otros objetos usuales, como agujas, crochets y pendientes, de la misma traza de los figurados en los bajo relieves, tan instructivos como representación de las costumbres. La atención fué vivamente excitada también por un pequeño vaso en vidrio blanco, de una forma muy elegante, recubierto en el interior de una sustancia de reflejos nacarados, y adornada de dos asas de vidrio rojo; juntemos á lo dicho una pequeña copa ó *cornet* del mismo vidrio que el frasco, ensortijado de una serie de dibujos en relieve rojos y azules; clavos de cobre de cabeza plateada, un sello en piedra calcárea, etc. Lo que llamamos lujo de amueblamiento, lujo de tocador, se manifestaba desde el primer momento por medio de variados ejemplos.

»Hasta aquí no teníamos en ese lujo nada que anunciase el estado social y político. Éste apareció en otro género de fausto. A diferencia de otras poblaciones asiáticas que muestran el predominio de la aristocracia, el reino de las castas, en Asiria la autoridad real era muy preponderante. Si los reyes no eran adorados como dioses, no por eso dejaban de reunir todos los poderes, el espiritual y la potestad temporal, se les llamaba «vicarios de Dios en la tierra;» todo dependía de ellos, las almas, los cuerpos, las tierras, las funciones públicas. Una numerosa y brillante corte los rodeaba, era un inmenso personal de eunucos y de grandes oficiales de palacio. Esta corte les seguía á la guerra. Hasta se transportaba en ellos á las mujeres en coches cerrados. ¿Qué eran los grandes en esta sociedad monárquica? Ante todo altos funcionarios por la mayor parte de la servidumbre palaciega, y ordenados según las leyes de una de esas jerarquías sabiamente dispuestas que más tarde recordara el imperio de Constantino. Los *sátrapas* ó gobernadores de provincias son directamente nombrados y revocados por el rey. El lujo que despleaban esos grandes dignatarios era; pues, ante todo, una emanación, un reflejo del lujo real.

»El fausto de las monarquías absolutas de Oriente revive bajo la más brillante y más completa imagen en el palacio de Khorsabad. Helo aquí por entero ese fausto que ante todo lo anuncian inmensas cámaras de recepción espléndidamente adornadas, y cuyas paredes están como revestidas de bajorelieves.

»Imagínense seis grandes salas llenas de esculturas, un solo edificio que encierra riquezas de todas clases acumuladas como en un tesoro, y allí mismo, en una parte separada, un compartimiento entero, triste y sombrío destinado á harém. Las divisiones principales son el *serrallo* ó palacio propiamente dicho, el *harém*, el *templo*, el *observatorio* y las depen-

dencias. Todo el aparato del gran lujo monárquico vive aquí, ó por lo menos queda indicada. Nada falta: almacenes, cocinas, panaderías, bodegás, picaderos, caballerizas y cuadras para contener los bagajes, los camellos, los carros, los dromedarios; cuerpos de edificios destinados á las gentes de servicio encargadas de vigilar el material y las provisiones, en el interior toda clase de facilidades para las comunicaciones, corredores por los cuales debía pasar el rey al dirigirse á su harém, etc. El número y las dimensiones de las salas de ese sorprendente edificio confunde nuestro pensamiento acostumbrado á las proporciones moderadas: cuentanse en él 135 gabinetes, 35 patios interiores, de los cuales algunos eran inmensos, cubriendo juntos diez hectáreas.

»El arte confina aquí con el lujo por su aspecto esencialmente decorativo. La ornamentación abunda y revela caracteres distintivos y entre todos una fecha que nada tiene de hipotética. Debe colocarse en 700 años antes del Cristo, es decir, bajo ese Senacherib de la Escritura, ó Sin-acke-irib, quien en medio de incesantes guerras encontró tiempo para elevar los grandes monumentos religiosos y civiles, y reparar los que habían envejecido, reconstruyendo el circuito de la ciudad, sus muelles, sus acueductos, etc. «Yo he, dice el mismo en una inscripción, reconstruido las calles antiguas, ensanché las estrechas, y de la ciudad entera he hecho una ciudad resplandeciente como el sol.»

»Oigámosle hablar de ese palacio derribado para ser reconstruido, y cuyas ruinas forman una vasta colina: ¡qué lenguaje más soberbio y más magnífico! «¡En un mes feliz, y propicio día, he construido, según el deseo de mi corazón, encima de sus cimientos, un palacio de alabastro y de cedro, producto de la Siria, y el más elevado palacio en el estilo de Asiria..... He restaurado y acabado ese palacio, desde sus fundamentos hasta su piñón; y le he puesto la consagración de mi nombre. A aquel que, en la sucesión de los días, será, entre mis hijos, llamado á la guardia del país y de los hombres por Assur é Istar, le digo esto: Ese palacio envejecerá y caerá en ruinas en la sucesión de los días! Que mi sucesor restablezca las ruinas, que restablezca las líneas que sostienen la escritura de mi nombre. Que restaure las pinturas, que limpie los bajo relieves y que los coloque de nuevo en su sitio. Entonces Assur é Istar escucharán su plegaria. Pero á quienquiera que altere mi escritura y mi nombre, que Assur el gran Dios, el padre de los dioses, lo trate como rebelde, y le quite su cetro y su trono, que él abata su espada.»—¡Vanidad de los proyectos! Antes de sesenta años fué ese palacio destruido de arriba á bajo. ¡Qué lección moral cuando sobre todo se piensa en que el secreto de tantos trabajos soberbios estuvo en la prodigalidad de ese príncipe conquistador, en la explotación sin piedad de los numerosos prisioneros de guerra, que arrebató de su país natal é hizo trabajar sin descanso en esos pomposos edificios!

»El sabio cónsul general inglés, el coronel Rawlinson, señala, como hizo también V. Place, los caracteres de ese lujo decorativo, en el que reconoce ante todo un realismo muy marcado. «Fué bajo Sin-Acke-Irib, nota él, que se generalizó la costumbre de completar cada cuadro por un fondo semejante al que existía en su tiempo y en la localidad que representa el suceso; las montañas, las rocas, los árboles, los caminos, los ríos, los lagos fueron figurados regularmente, y se intentó reproducir la localidad tal cual era, con tanta verdad cuanto permitiera la habilidad del artista y la naturaleza de los materiales. Esos ensayos no se limitaron á reproducir los rasgos generales y las grandes líneas de la escena; se querían comprender todos los menudos accesorios que el ojo observador del artista habría podido notar, si hubiese tomado su dibujo del natural. Las diferentes especies de árboles es-

tán indicados en los bajorelieves; los jardines, los campos, los estanques, los juncos, representados con cuidado; los animales salvajes, ciervos, jabalíes, antilopes, introducidos con sus rasgos característicos; las aves volando de árbol en árbol en donde tienen colgados sus nidos, mientras que los pequeñuelos estiran hacia ellos sus cuellos; los peces jugando en el agua; los pescadores ejerciendo su oficio; los barqueros y los obreros de los campos empleados en sus faenas; la escena está, por decirlo así, fotografiada en todos sus detalles, los menores como los más importantes, igualmente señalados sin que se haya intentado hacer una selección ó perseguir la unidad artística.»

«Victor Place reconoce todavía en la escultura ninivita otras cualidades de ejecución y de ornamentación. «El artista, dice, siempre profundo observador, encuentra los detalles más propios para caracterizar los hombres, los animales y las cosas; poseen su lenguaje figurado, el epíteto justo, el rasgo que denota. La actitud, el gesto, los atributos, las costumbres, todo está concebido en vista del efecto buscado. La más minuciosa exactitud preside á la elección de los detalles. Los adornos, collares, brazaletes, pendientes, sombreros, armas, arneses de

los caballos, aspecto de las ciudades, el coronamiento de sus murallas, cada rasgo descubre una atención paciente y calculada.»

«Uno de los caracteres de esta sepultura, que la hacen eminentemente decorativa, es la vida de los personajes; en ello despliegan una actividad incesante, apareciendo con la diversidad de sus funciones y la variedad de sus trajes. Pero se encuentra en ellos el abuso de los mismos emblemas y de los mismos tipos; también se encuentra á veces un di-

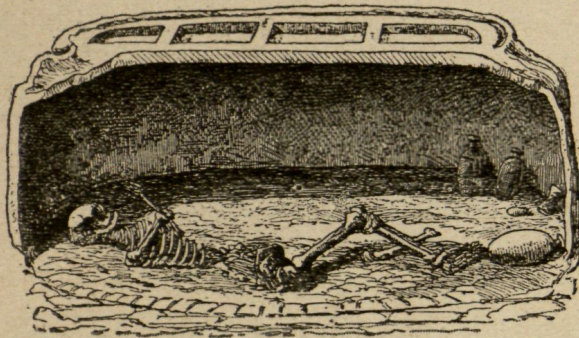


Fig. 200.—Tumba en Mugheir. (Interior)

bujo poco exacto; los asirios no se atenían á una imitación muy rigurosa de la naturaleza, que era sobre todo para ellos un emblema, un medio de hacerse comprender; pueden señalarse en fin imperfecciones de perspectiva, etc.

»Esos caracteres, cualidades y defectos pueden ser indicados de una manera general, sin que se tema como en Egipto el confundir las épocas: pues aun cuando hubo escuelas sucesivas de escultura, esos rasgos son comunes á todas, á las antiguas esculturas de Nemrod, á las de Khorsabad, que vienen luego, á las de los palacios construídos en Koyoundjich, que parecieron en último lugar.

»Más difícilmente se siguen los progresos del lujo privado. Esta vigorosa población asírica, muy guerrera, mantuvo por mucho tiempo sus virtudes, en lucha sin cesar con sus temibles vecinos. El comercio, la riqueza, el despojo de los vencidos, todo lo que introduce el lujo, debía sin embargo manifestarse allí como en todas partes, y una vez esta invasión del lujo ha ya principiado, debía, como en todo, extenderse rápidamente. Las telas asirias son célebres, lo mismo que la púrpura que las teñía con sus vivos colores. Se puede juzgar por las mismas esculturas del número y de la elegancia de los bordados que cubrían esas telas. Hemos visto qué lujo de ornamentación aparece en la profusión de las figuras humanas, en las flores, de los animales simbólicos. El trabajo de los metales preciosos, la elegante cinceladura de los vasos que han sobrevivido á la destrucción, tantos marfiles esculpidos empleados en la decoración de los muebles, comprueban de una manera irrecusable los gustos

del fausto más desarrollado en la clase rica. Si es verdad que el trabajo egipcio y fenicio entró por mucho en esos objetos, no es dudoso que la fabricación indígena tuvo también en ello su buena parte. Se distinguió sobre todo por la confección de los pequeños muebles en maderas preciosas y por obras cerámicas, por otra parte poco perfeccionadas. ¡En cuántas opulentas casas se debían encontrar esos revestimientos de los muros, esos ladrillos esmaltados, que componen especies de cuadros, aquí de figuras de divinidades, allí de procesiones de animales, en otras, como lo hemos dicho, escenas enteras de guerra y de caza! Añádase á esto las bellas incrustaciones de muebles, cubiertos de hojas de bronce y los mismos revestimientos aplicados á las vigas de los techos. Los vidrios y las obras cerámicas pintadas encontraban también su sitio en sus magníficas habitaciones.

En cuanto al lujo del tocado, éste no es menos cierto, según testimonios indubitables. Herodoto describe el traje rico y flotante de los hombres, el cuidado que tenían por sus cabellos, su barba rizada con arte y dispuesta por pisos, la costumbre de cargarse de pendientes, de brazaletes, de anillos. Envolvíanse con un manto de color blanco; cubríanse la cabeza con una mitra; perfumábanse el cuerpo, llevaban en el anillo sello, y llevaban generalmente en la mano un bastón esculpido, cuyo remate representaba una manzana, una rosa, un lirio, una águila ú otras figuras.

Todas las piedras duras sin excepción, casi sin grabado, cualesquiera que fuera su tamaño, la forma ó la calidad, estaban atravesadas de parte á parte. Este es un indicio primero de su destino. Es evidente que debían estar ensartadas por medio de un hilo vegetal ó de metal. Así, y aun cuando se las haya encontrado esparcidas por las tumbas ó bajo los cimientos, la mayor parte, en el Louvre, se han reunido formando brazaletes ó collares. Sin embargo, el Sr. Feydeau, en sus *Costumbres funerarias*, parece vacilar en punto á afirmar

que este fuese el uso general á que estuvieran destinadas dichas piedras. En los bajo relieves, en efecto, las joyas parecen por lo general de metal, oro, plata ó bronce; los collares, y especialmente los brazaletes compuestos de piedras duras, son muy raros. ¿Esta observación tiende á poner en tela de juicio, el destino lujoso atribuido á ese género de objetos? En modo alguno. «Hemos estudiado, dice el mismo autor, qué otro empleo podían tener tan numerosas piedras, y hemos notado que en la parte baja de los telares de ciertos personajes, alrededor de las mangas, en los delantales, llevan varias líneas de pequeñas bolas redondas que mejor nos parecen obra de pedrería que no de pasamanería. Esas piedras, pues, habrían formado una cierta clase especial de bordado. En todo tiempo los Orientales han gastado, en sus trajes, brillantes guarniciones, que, al andar, producen efectos relucientes. Esta costumbre es tanto más verosímil cuanto que encontramos este mismo adorno en los caparzones de los caballos, á cuya cabeza, á falta de cascabeles ó campanillas, se ha siempre puesto, en todos los países, algún objeto ruidoso. En todo caso, la mayor parte de los amuletos descubiertos son rojos, en agata ó cornalina, y es notable que, en todas partes en donde los bajo relieves han sido pintados de rojo, este color se hubiese dado á los adornos de que hemos hablado.»

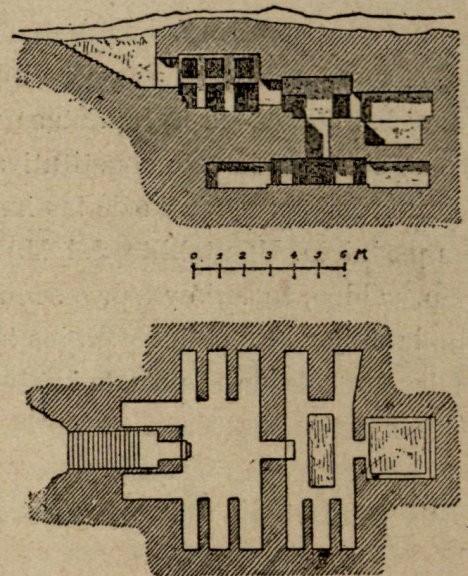


Fig. 201.—Tumba fenicia de Amarith.

Nadie duda de que las mujeres no participaran largamente de esos refinamientos del tocado. ¿Pero ejercían en el desarrollo del lujo esta influencia que ejercieron indudablemente en otras comarcas orientales? Puédese afirmar lo contrario. A decir verdad, no se sabe casi nada de su traje, las esculturas de los palacios sólo nos las presentan mezcladas con los pueblos reducidos á cautiverio. Su existencia, que se arrastraba por tristes haremes bastante parecidos á cárceles, excluye toda acción profunda ejercida sobre el sexo masculino, y la misma iniciativa en punto al lujo, esta iniciativa que tan común fué en otros países del Oriente.

La razón de ello está en la constitución de la familia. Dice Lenormant:—«La poligamia estaba admitida en todos los rangos de la sociedad, pero sólo los ricos tenían medios para practicarla. El harem real estaba elevado á la altura de una institución del Estado, y tenía un monstruoso desenvolvimiento. Las inscripciones encontradas en el interior de los haremes de Sarinkin, en el palacio de Khorsabad, y relativas á la consagración de ese edificio, contienen sobre este particular los más extraños detalles, pero tan extraños, que es imposible reproducirlos aquí. Los matrimonios estaban colocados bajo la protección del dios Nissoch. La mujer llevaba á la casa un inmueble que su padre le constituía en dote. La célebre piedra babilónica de la Biblioteca nacional de París, conocida con el nombre *Guijarro Michaux*, contiene la acta constitutiva de uno de esos inmuebles dotales, cuya propiedad está colocada bajo la garantía de las imprecaciones más terribles contra quienquiera que le causara perjuicio. Una tablita del Museo británico contiene un fragmento de ley civil en doble texto, caldeo, turanio y asirio semítico, sobre los derechos y deberes recíprocos del marido y de la mujer, del padre y de los hijos, etc. Vese por ella que la constitución de la familia estaba fundada en la potestad paternal y marital, tan absoluta como fuera posible y llevada hasta el último extremo. Garantía protectora alguna había para los débiles. El marido que separado de su mujer quiere recobrarla debe pagarle dos minas de plata; la mujer que engaña á su marido ó quiere separarse de él, era arrojada al río.»

Aquí hemos de abrir un paréntesis á la relación del Sr. Baudrillart para dolernos que un publicista de su nombre haya podido limitarse pura y simplemente á lo dicho por Lenormant en su *Manual de historia antigua de los pueblos de Oriente*, sobre los matrimonios asírico-babilónicos, materia tan importante y decisiva para comprender el aspecto social y político del lujo de un pueblo. Y todavía podemos comprender menos como en una *Historia del Lujo*, que nadie había de poner en manos inexpertas, puede decirse «que no hay medio de hablar de la constitución de la familia asírico-babilónica.» Esta sola observación nos hubiera ya prevenido contra toda relación destinada á cubrir de indignidad el santo hogar doméstico, santo para todos los pueblos de la tierra, aun cuando esta relación la hubieran trasladado directamente nuestros asiriólogos de los textos cuneiformes. Penetremos, pues, resueltos en el terreno que tan escabroso ha parecido al Sr. Baudrillart.

Tenemos, en efecto, de la antigua constitución de la familia caldaica la preciosa relación de los matrimonios babilónicos conservada por Herodoto y justificada por buen número de contratos matrimoniales conservados en varios museos. «Todos los años, dice el llamado padre de la Historia, los que tienen hijas núbiles para casar, las llevan á un punto dado en donde no tardan en verse rodeadas por un gran número de hombres. Un pregonero las hace

levantar y las vende una tras otra. Comienza por la más bella, y luego de haber conseguido por ella una suma considerable, pregona aquella que más cerca le anda; empero, no las vende sino con la condición de que han de casarse con ellas los compradores. Todos los babilonios ricos, de edad núbil, pujan unos sobre los otros, comprando las más bellas. En cuanto al común del pueblo, como tienen necesidad mejor que de una mujer bella, de una que lleve dote, se casan con las más feas por el dinero que se les da. En efecto, el pregonero tan pronto ha vendido la última de las más bellas, hace levantar á la más fea, á la contrahecha, dado que alguna estuviera en este caso, preguntando si habría alguien que quisiera casarse con ella, ofreciéndola por una cantidad exigua. De suerte que el dinero que provenía de las más bellas, servía para casar las más feas y contrahechas. No se le permitía á un padre elegir esposo para su hija, y el que la había comprado no podía llevársela á su casa sin dar una garantía de su promesa de casamiento. Cuando encontraba quien respondiera por él se la llevaba á su casa. Si resultaba que no se podía establecer una inteligencia entre los futuros esposos, la ley prevenía la devolución del dinero. Igualmente se permitía á los de un pueblo ir á comprar mujeres en otro distinto. *Esta ley tan sabiamente establecida ya no existe (1).*»

Añade Herodoto á continuación:— «Poco después imaginaron los babilonios otro medio para prevenir los malos tratos de que podían ser objeto las jóvenes, y para que no se las llevasen á otros pueblos. Después de la toma de Babilonia, y de haber perdido casi todos los babilonios sus bienes á consecuencia de los malos tratos de sus enemigos, viéndose en la indigencia no hubo padre que no prostituyese sus hijas por dinero.»

Herodoto no comprendió lo mismo que con tanta exactitud describía. Nosotros estamos, por lo contrario, en el caso de poder decir que de lo que habla Herodoto en los párrafos copiados es del matrimonio exogámico y endogámico, que tal vez vengan á robustecer las teorías de Mac-Lenán.

Enemigas ó rivales las tribus primitivas de la Caldea, divididas luego al consolidarse en pueblos y ciudades, se comprende la mutua guerra que se hacían de una á otra ciudad, y la captura de las mujeres, el raptó, etc., de donde se vino á parar á una sanción legal, á un estado de paz mediante el derecho reconocido de poder casar entre sí los habitantes de una y otra ciudad. Pero crecieron éstas, se fortalecieron, hallaron en la entidad gobierno, medios para defender sus intereses, y ya no se permitió la compra ó matrimonio de las mujeres entre individuos de diferentes ciudades. He aquí el hecho. ¿Fué esto un progreso? Indudablemente lo fué por aquel tiempo. Es necesario para comprender esto, pues hoy sería de todo punto lo contrario, darse cabal cuenta del estado social de aquellos días, pues á poco que en esto entren nuestros sentimientos modernos, es ininteligible. Despótica la autoridad paterna, como la sangre nunca se vuelve agua, que así dice el refrán, la mujer, al ser entregada ó vendida al marido, si éste era forastero, y nótese bien que en la antigüedad se llamaba al forastero extranjero, quedaba la mujer sin el menor amparo ni apoyo, entregada por completo á la no menos despótica voluntad del marido. Supóngase que al prohibirse el matrimonio exogámico no se modificaron las relaciones entre marido y mujer, que es el caso más desventajoso, y tenemos que desde el momento que el hombre pertenecía á la misma ciudad que la mujer, hábale de ser difícil hallar quien diera caución por él si no

(1) HERODOTO, I, CXCVI.

era un hombre digno, que tampoco habíale de ser imposible al padre sustraer á su hija á la concupiscencia de un hombre indigno, y que caso de celebrarse el matrimonio, la mujer tenía siempre en el matrimonio endogámico valedores en su propia familia y amigos. He aquí el progreso: de modo que no se llegó al matrimonio libre sino cuando las leyes, amparando á la mujer, la pusieron en estado de poder defender su dignidad, su decoro y sus derechos, si eran atropellados por el marido. Así podemos decir que el matrimonio libre data de la primera ley protectora de los derechos de la mujer casada.

En cuanto á lo que dice Herodoto, de que después de la toma de Babilonia los padres prostituían á sus hijas por dinero, esto para nosotros no es más que el matrimonio por venta, otro progreso que también no puede comprenderse sino recordando lo mismo que ha contado Herodoto; pues ¿quién no comprende la inmensa ventaja, el inmenso progreso realizado por el acto de entregar el padre á quien le parezca y por el precio que mejor le cuadre á su propia hija á un tal, en vez de llevarla al mercado matrimonial para que se la lleve el mejor postor? Aquí hay ya una predilección manifiesta, y sólo en el caso de suponer en el

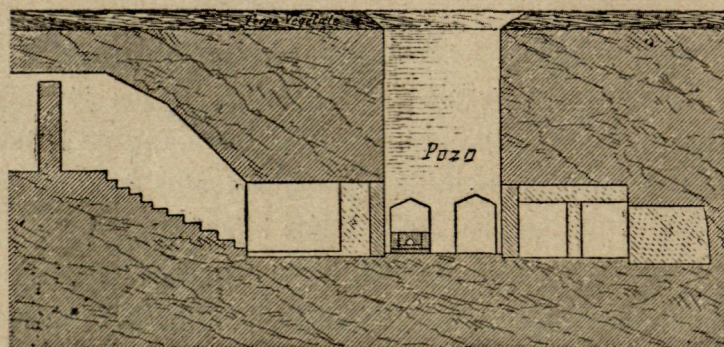


Fig. 202.—Tumba de Sidon.

padre un hombre corrompido, que aun el más pervertido no lo es para sus hijos, sólo en este caso excepcional podemos decir que la mujer no habría alcanzado nada. Pero fuera de este caso, el hombre que en el mercado hubiera podido comprar á fuerza de oro á tal mujer, no puede ahora, sin el consentimiento del padre, apoderarse de aquella que es objeto de su deseo.

¿Elevóse la sociedad caldaica hasta el reconocimiento de los derechos de la mujer? Sí; y hasta nosotros han llegado contratos matrimoniales por los que venimos en conocimiento de que fuera de lo que constituye á nuestros ojos la santidad del matrimonio, el amor entre los contrayentes, todo lo demás estaba más ó menos garantizado. En efecto, la mujer podía, aun después de estar bajo la autoridad marital, poseer bienes propios, y disfrutarlos con entera independenciam del marido, lo que no consentimos hoy, pues admitiendo todas las fuentes de ingresos para la familia, rechazamos la pluralidad de los administradores, porque aun sin quererla podrían comprometer la hacienda común, pues común ha de ser para el marido y la mujer, como común es la mesa y el lecho. Tampoco podía repudiar el marido á la mujer sin darle una indemnización que se fijaba en una media mina de plata, y aquí vemos á la mujer entregada al capricho libidinoso del marido, pues la antigüedad no puede elevarse hasta el punto de considerar á la mujer como un ser digno de iguales respetos que el hom-

bre, creyendo en conciencia que bastaba indemnizarla para estar á justicia con ella. Pero en fin, entre esto y poder repudiarla libremente echándola á la calle desvalida y muchas veces con el peso de sus hijos, como fácilmente se comprende, es un progreso inmenso.

Hallamos, sin embargo, leyes familiares de alta moralidad. El hijo que renegaba de su madre, quedaba excluído de la sociedad ó de la ciudad: ó como dicen los textos judaicos de aquellos tiempos, «estaba excluído de la tierra y del fuego.» El hijo que decía á su padre: «tú no eres mi padre,» se le condenaba á retractarse de lo dicho y á pagar una multa. Por lo contrario, la mujer que abandonaba á su marido era, como ya hemos dicho, arrojada al río, y los padres que se negaban á reconocer á su hijo, estaban sujetos á la pena de prisión.

Esto dicho, continuemos la relación de Baudrillart.

Ya hemos indicado que todas las particularidades citadas no se refieren históricamente más que á la segunda Ninive. Pero no hay demasiada presunción en atribuir las á la primera, ya que ésta cayó en 789 años antes de la era cristiana, pero de tal modo, que ni un solo trozo de sus murallas se ha encontrado entre sus ruinas, no teniendo, en fin, de ella hasta hoy más que una estatua mutilada.

Pero, á falta de restos materiales, sabemos por las relaciones todas que el lujo se llevó, en esa capital del primer imperio asirio, destruída por los medas, á excesivos refinamientos. En efecto, ¡cuántas veces no se ha dicho que el primer imperio asirio cayó por efecto de un lujo enervante! Esta causa no obraba sola, pero hubo de tener una influencia tanto más grande cuanto que esos exagerados imperios estaban formados de piezas

y de pedazos, obra de la fuerza. La fuerza, pues, amenazaba disolverlos; deshacíanse de un golpe, faltos de cohesión, al choque, ora de la invasión extranjera, ora de las provincias sublevadas. El lujo contribuyó mucho á apresurar este desenlace fatal. A la flojedad de los lazos administrativos y al espíritu revoltoso, á menudo comprimido, pero jamás apagado, se juntó, como un disolvente supremo, el desenfrenado amor de los placeres un egoísmo voluptuoso invadió á los reyes y á los principales jefes. La perdición fué, desde entonces, próxima y segura. Es en estos momentos solemnes, cuando los historiadores de la antigüedad no dejan de oponer al cuadro de las costumbres civiles y militares el de las costumbres «afeminadas.» Es en estos momentos cuando acusan de todo al *lujo*, y ese lujo era en sí mismo un efecto de la conquista y de las instituciones antes de convertirse en una causa.

Por otra parte, casi siempre es en uno de esos períodos de relajamiento, bajo algún príncipe dado á la vida fastuosa y mueble, cuando se precipitan las grandes catástrofes. Tal fué el destino de la primera Ninive bajo el rey Asur-likhous, el clásico Sardanápalo de los griegos. La tablita del Museo británico no registra durante su reinado más que dos expediciones muy importantes en 795 y 787; en todos los otros años se encuentra esta mención: «paz en el país.»

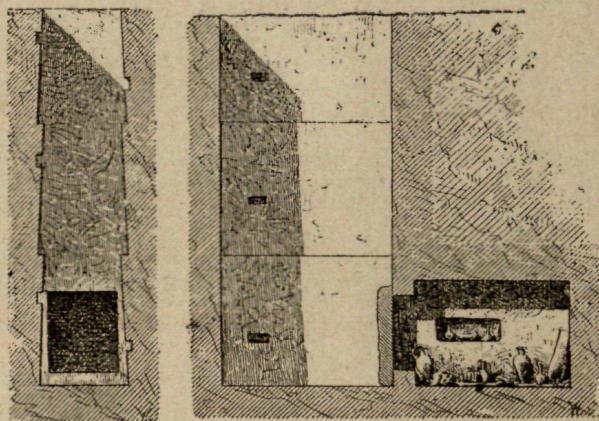


Fig. 203 —Tumba de Caralis.

Assur-likhous se había entregado por entero á los desenfrenos del harém. Vestíase á la manera de las mujeres, en medio de quienes se confundía. Arbaces, jefe de los contingentes medas del ejército y meda de nación, tuvo ocasión de verle en este estado en su retiro del palacio de Nínive al rey, vestido de mujer, y con el huso en la mano, ocultando detrás de las celosías del harém su cobarde ociosidad y su vida voluptuosa.

Sabido es el fin de esta historia: la alianza de Arbaces con Phol ó Belezis, gobernador de Babilonia, y con otros príncipes vasallos, los esfuerzos y el valor de Sardanápalo, de repente arrancado á sus voluptuosidades, sus primeros triunfos, su derrota final en Nínive, sitiada durante dos años, y luego esta muerte para siempre jamás célebre, esta muerte fastuosa de un príncipe lujoso. Los historiadores nos lo presentan colocando en una inmensa hoguera su oro, su plata, sus ornamentos, sus eunucos, sus mujeres, y en fin, él mismo. Muy pronto todo ese mundo de voluptuosidad y de vanidad no fué más que un montón de cenizas. Y lo mismo sucedió para la pomposa ciudad. Las llamas devoraron en Nínive todo lo que no fué objeto del pillaje. Palacios, templos, casas, murallas, todo se hundió, todo fué arrasado. La corrupción arriba y una formidable coalición habían producido esta ruina, la más completa de cuantas menciona la historia (1).

Babilonia tomó un instante el gobierno del imperio; pero un segundo imperio asirio se restableció al cabo de cuarenta y cuatro años con Teglatphalasar—en 744—á pesar de los esfuerzos de los babilonios. De 744 á 606 reinaron varios de los más célebres príncipes. Es durante este intervalo cuando se levantan las magnificencias de la segunda Nínive con su autoridad destinada á sucumbir por las mismas causas. La misma tempestad que derribó á Sardanápalo derribó también á sus antiguos reyes.

En vano las obras del lujo y del arte se acumulan; en vano Assurbanipal multiplica las conquistas y las representaciones triunfantes, lo mismo que las crueldades. Al terminar el palacio elevado por Sennacherib, él no hizo sino preparar una más rica presa á la destrucción. Al cabo de dos reinados el imperio asirio toca á su fin. Los medas y el caldeo Nabopolassar á la cabeza de los babilonios, hacen sufrir á la orgullosa ciudad un sitio no menos fatal, y Assaracus renueva el suicidio de Sardanápalo.

La magnífica Nínive de Sennacherib pereció tan por completo como aquella otra cuyo origen, según la tradición, remotábase á Nino y á Semíramis. El profeta Nahum se regocijó por ello, y el grito de maldición que lanzó guarda toda su terrible energía: «Jehová es un dios celoso, dijo; Jehová hace estallar su venganza y lo hace con furor. El destructor viene contra tí, ¡oh Nínive! Viene á sitiar tus fortalezas. Asirio, pon centinelas en el camino, fortifica tus costados, junta la poca fuerza que tienes. Pero será en vano, pues Jehová va á castigar la insolencia con la cual has tú tratado á Jacob é Israel. Al fin esas puertas por donde

(1) La catástrofe es demasiado grande y sobrado terrible para el lujo, para que nosotros no absolvamos á éste de la ruina de Nínive y del fin de Sardanápalo. En verdad, no se comprende como el Sr. Baudrillart, que declara ponerse bajo los consejos de los Sres. Lenormant y Maspero, cuenta como un hecho histórico lo que la crítica moderna ha demostrado que es una fábula, y como fábula aparece en Lenormant y Maspero. Basta decir que la catástrofe de que fué víctima Nínive, ni siquiera sucedió en tiempo de Assur-dan-il ó el Sardanápalo de Ctesias que tuvo constantemente que guerrear con sus revoltosos vasallos en todas partes, sino en tiempo de Assur-Nizar II que reinó ocho años—752 á 745—y que fué el Teglat-phal-asar de la Biblia el que dirigió la conspiración contra Assur-Nizar y se quedó con el gobierno del país, y, en fin, que nada hasta hoy ha probado en las ruinas de Nínive esta pretendida destrucción de la ciudad. En suma, todo ello no es más que un cuento griego que el Sr. Baudrillart ha acogido en su libro por puro amor al arte. Nosotros, en nombre de la verdad histórica, lo declaramos todo impostura, como puede verse en los mismos autores citados por el Sr. Baudrillart, quien, sin escrúpulo alguno, compromete de esta suerte su seriedad y su reputación.

los pueblos entraban como ríos serán abiertas. El templo será destruído hasta sus cimientos.» Y aquí es en donde lanza su anatema contra el lujo ninivita. «Saquead la plata, saquead el oro: esas riquezas son infinitas; su magnificencia está por encima de todo lo que podáis imaginaros. Nínive es saqueada, despojada de todo, desgarrada, los corazones se secan de espanto, las rodillas tiemblan de espanto, todos los rostros están negros y desfigurados... No hay remedio para su herida; todos aquellos que han sabido lo que te ha pasado, se han regocijado por tus males.»

A través de los siglos oigo una voz que sirve de eco á Nahum. En su simbólico lenguaje Nínive destruída, es el pecado, es el vicio, es el lujo derribado, es la penitencia que sucede á un fausto corrompido. Este otro Nahum, es Bossuet quien dice: «París, cuyo orgullo no puede bajarse, cuya vanidad se sostiene siempre... cuando oiré yo esta bienaventurada noticia: el reinado del pecado está derribado de arriba abajo; sus mujeres no se arman ya más contra el pudor; sus hijos no suspiran ya más por los placeres mortales y no entregan su alma á los placeres del juego. Esta impetuosidad, esos arranques, esos relinchos de los corazones lascivos se han suprimido, etc.

El relincho de que habla Bossuet no ha cesado desde Nínive. Las mismas causas morales han producido los mismos efectos.

Con Babilonia la misma enseñanza aparecerá todavía más evidente á través de todas las diferencias de las civilizaciones y de los tiempos, y si el moralista recoge la misma lección, el historiador del lujo la encontrará de nuevo bajo rasgos todavía más numerosos y variados.

LUJO BABILÓNICO — LA CIUDAD.

Procuremos ante todo darnos una idea de la ciudad que debía ser el teatro de un lujo tan prodigioso. Veamos ante todo cuál fué su extensión real, por tanto tiempo incierta, faltos de medidas exactas.

Los cálculos presentados por Herodoto y Diodoro, tachados de una exageración novelesca, salen justificados en cierto sentido, que les quita sin embargo su importancia sobrado literal.

Esos cálculos se aplicaban á todo recinto de ciudades y no á su parte habitada.

Fuera de duda está que una parte considerable de ese territorio fortificado estaba cultivado y abandonado á los rebaños; esas ciudades eran campos atrincherados en donde se disponían toda clase de recursos alimenticios para sostener un largo sitio.

Así entendido, el recinto era de los más vastos.

El primer recinto, principiado por Nabopolassar, acabado por Nabucodonosor, encerraba un espacio de 513 kilómetros cuadrados, es decir, conforme se ha hecho notar, un te-



BANQUETE BABILÓNICO.

territorio poco más ó menos grande como el departamento del Sena, esto es, como siete veces la actual París.

El segundo recinto, más restringido, formaba un espacio de 290 kilómetros cuadrados, es decir, mucho más grande que la actual ciudad de Londres.

Quinto Curcio habla de 90 estadios de circuito por la extensión cubierta de casas,—el estadio es igual á 184'80 metros.

El Sr. Oppert, miembro de la expedición francesa á Babilonia en 1853, y cuyos sabios trabajos han tanto aprovechado á la arqueología oriental, establece que sus propias medidas, como las de la grande inscripción conmemorativa dejada por Nabucodonosor, están conformes con la indicación de Herodoto. Las 4000 «mahargagas» de que hace mención la inscripción depositada en el Museo Británico, responden, en efecto, á los 480 estadios del historiador griego.

Todavía esto no nos da la verdadera extensión de la parte de la ciudad en donde se desplegaba esta brillante civilización material. Es preciso reducirla á la mitad de París, lo que todavía constituye una capital muy imponente, pero las proporciones colosales desapa-

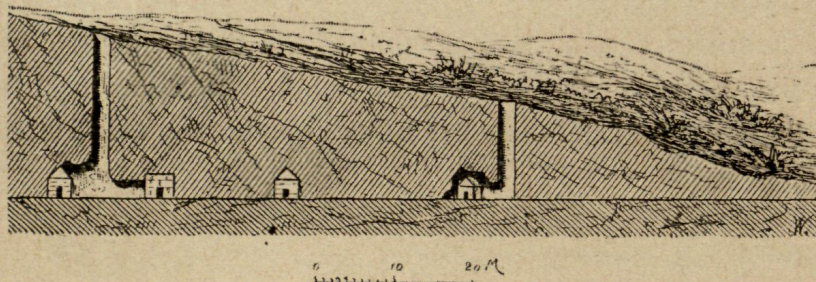


Fig. 204.—Tumba fenicia en Cipia.

recen. La «gran Babilonia» no es más que «un pequeño París.» Sin embargo, se convendrá que el mismo París, reducido á la mitad, podría desplegar tanto y más lujo en caso de necesidad del que despliega con sus barrios populares y sus extramuros anexionados.

No es esto todo: de recientes trabajos resulta que todavía hay que establecer distinciones necesarias.

Así, «la ciudad real» residencia de los reyes, y principal centro del culto, en donde se levantaron mayor parte de los monumentos religiosos y civiles célebres, no puede confundirse con la parte de Babilonia llamada Hallat ó «la ciudad profana,» cuyo emplazamiento es el que ocupa hoy la actual villa de Hillah. Es en esta última en donde estaban fijadas las numerosas colonias de cautivos transportados de todos países. Es aquí donde se establecieron los hebreos llevados de Jerusalém y de sus alrededores.

En fin, además de ese foco, que por otra parte tuvo también su esplendor, débese mencionar la actual villa de Borsippa. Restaurada espléndidamente por Nabucodonosor, confúndese á menudo con Babilonia, de la que formaba un cuartel distante algunas leguas del recinto real: también en ella podemos citar fastuosos edificios. La orilla izquierda del Eufraates muestra sus ruinas acumuladas, cadáver de una ciudad, ó mejor de dos ciudades que se han completado y sobrepuesto una á otra. Es de la mayor importancia desde el punto de vista mismo de la historia del lujo distinguir aquí dos épocas. Reflexiónese un momento:

ese antiguo imperio, que apenas ocupa algunas páginas en nuestros manuales históricos, tuvo una duración de cerca dos mil años.

Así, apenas si podemos osar á contar como un primer período de la historia del lujo el fausto por demás legendario de Semíramis ó de Sannouramit. Reconócese por las inscripciones que los más fastuosos trabajos atribuidos á esta reina, cuya misma existencia parece fabulosa, tienen otro origen diferente, perfectamente histórico y menos remoto.

Importa aquí muy poco saber realmente si Nino y Semíramis ocultan bajo su nombre la figura de Adar-Samdan y de Istar, la Hércules y la Venus asiria, si es tan sólo en tiempos de los reyes persas cuando sus hazañas, contadas en el número de fábulas de que la epopeya babilónica había llenado las primeras edades del mundo, han sido recogidas por el historiador Ctesias de Cnido, quien es el primero en hablar de esos dos personajes mitológicos como de verdaderos reyes; menos todavía estamos en el caso de tener que tomar partido en pro ó en contra del sabio inglés Sr. Daniel Haigh, quien tiene la pretensión de identificar á Semíramis de Babilonia con la reina Ahmes-Nowerturi de Egipto. Lo que resulta manifiestamente de los textos puestos al alcance de todos, es que los trabajos de embellecimiento que se refieren á ese personaje, pertenecen unos á la reina Nictoris, de época muy posterior, y los otros á Nabucodonosor; algunos de ellos tal vez pertenecen á una Semíramis ó Sannouramit muy ulterior, reina también brillante, aun cuando menos fastuosa que la Semíramis de la leyenda.

Esta última Semíramis histórica, mencionada por la tabla de los eponymos depositada en el Museo británico, es la esposa de Bilinknous III que reinó con esplendor en Nínive á primeros del siglo IX antes del Cristo. Encuétrase también su nombre unido al de ese príncipe guerrero en la base de la estatua del dios Nebo. Parece haber ejercido en Babilonia un gobierno diferente del de su esposo, en el momento en que esta ciudad, sin haber perdido el rango de reino independiente, tenía ya su vida propia y una importancia considerable. Todo esto por otra parte no facilita el reconocerle la que puede tener en los trabajos de lujo y embellecimiento. A decir verdad, los hechos no se clarean un poco sino á partir del siglo VII, esto es, á contar de Assaraddon. Éste, bien que reinara en Nínive, en donde hizo levantar un palacio, por lo común residía en Babilonia. Fué este príncipe,—designado en los monumentos con el nombre de Assurakhiddin,—quien, entre 681 y 667, emprendió la tarea de hacer de Babilonia la ciudad más bella de Asia.

Es Assaraddon quien principió los inmensos recintos y trazó por sí mismo el plan de los trabajos que debían ulteriormente ejecutarse.

Cuando cayó el segundo imperio asirio y Nínive fué definitivamente arruinada.—606— Babilonia era digna de convertirse en centro del nuevo imperio.

Podía entrar, libre de los obstáculos que le oponía la rival celosa que la mantenía bajo su dependencia en la carrera de los más soberbios trabajos de que hace mención la historia.

Había principiado esta maravillosa transformación, ya con esplendor, bajo ese sátrapa

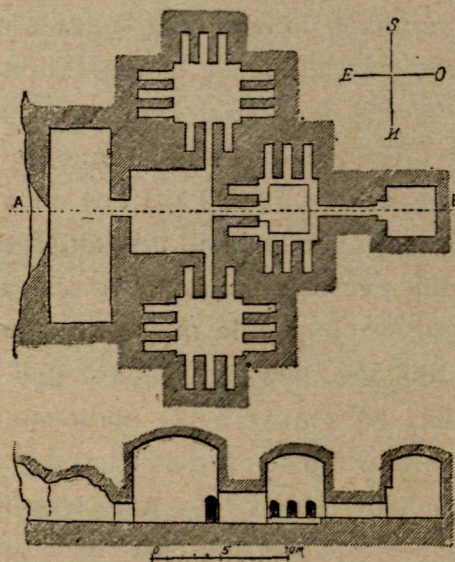


Fig. 207.—Tumba judaica.

medio emancipado: muy pronto en plena sublevación contra la autoridad ninivita, que estaba encargado de representar en esa ciudad vasalla, se alza con la corona, y fué el verdadero fundador del gobierno caldeo-babilonio. Nabopolasar-Naboubal-Oussour no había sin embargo aguardado á llegar á tan altos destinos para extender el territorio babilónico por medio de conquistas personales. Aprovechándose de la debilidad y de la inacción de la monarquía ninivita, la cual no era más que una sombra de lo que había sido, se había ocupado en restituir y acrecentar el esplendor de esta Babilonia ya tan antigua, de la cual la mayor parte de los monumentos caían en ruinas.

Nitocris, la esposa de Nabopolassar, parece haber sido la alma de estos trabajos. El famoso lago Nitocris es una concepción de un incontestable valor como trabajo de fortificación y como medio de obviar á un desbordamiento del Eufrates. Sin duda alguna la construcción del palacio fué la obra del fausto, pero de un fausto que resultaba de la institución monárquica, inseparable sobre todo en el viejo Oriente, de la pompa y de la representación, sin las cuales parece que el poder cesa de imponer la masa.

Además de la acción ejercida por Nitocris, encontramos bajo Nabucodonosor otra influencia femenina, la de una Amythis, meda de origen, y á quien se atribuyen los famosos *jardines suspendidos*. Con ello quiso darse una imagen del aspecto montañoso de su país. Hase reconocido el emplazamiento de estos jardines en el *túmulo* de Amrám. Ciertamente que la mano del despotismo aparece en esas obras ficticias que desafiaban á la naturaleza y absorbían tanta mano de obra y tantos tributos. Sin embargo, como lo dijo el Sr. Fresnel, estos jardines respondían á una necesidad del país. El objeto principal de esos elevados edificios era el de obtener la mayor ventilación y la más baja temperatura posibles en las noches de verano. Esa necesidad tenía que ser imperiosa para una princesa nacida en Ecbatana, quien, del centro de las montañas de Media, se encontraba trasportada en llanuras que el explorador de sus ruinas compara, por razón de su temperatura, á la del horno de los tres jóvenes de Daniel. «Durante tres meses consecutivos, dice el citado Fresnel, hemos tenido un calor que oscilaba entre 32 y 36 grados Reaumur, á la sombra, al norte y en una corriente de aire.» Ese término de 36 grados, punto extremo de la escala del único termómetro que la misión poseía, alcanzóse en Julio y en Agosto, y Fresnel estaba seguro de que se hubiese traspasado de ser la escala más vasta. «Yo, añade, que había ya pasado doce años más allá del trópico, vime reducido á envolverme en telas mojadas, con grande espanto y reconvenções de toda mi gente.» He aquí lo que excusa, si es que no lo justifica, la costosa fantasmía de Amythis.

Añadamos que ese capricho producía una verdadera maravilla, cuyo conjunto era prodigioso, y de la que cada detalle recuerda una combinación ingeniosa.

Baste representarse un jardín, de forma cuadrada, desarrollándose por cada lado en una extensión de cerca 120 metros en forma de anfiteatro, al cual se subía por medio de escaleras que daban en una serie de terrados superpuestos y sostenidos por medio de columnas. La columna más elevada, la que sostiene el remate del jardín tiene cerca 25 metros. Los muros que le rodean tienen cerca de ocho metros de espesor.

«En cuanto á las plataformas de los terrados, dice Diodoro que estaban compuestas de baldosas de piedra, cuya longitud, comprendida la salida, era de 16 pies por 4 de ancho. Esas baldosas estaban cubiertas de una capa de cañas mezcladas con mucho asfalto; sobre esta capa descansaba un doble enladrillado de ladrillos cocidos, cimentados con yeso: éstos

estaban á su vez cubiertos con planchas de plomo á fin de impedir que el agua filtrase á través de los terrenos artificiales y penetrara en los cimientos. Sobre esta capa se encontraba esparcida una masa de tierra suficiente para recibir las raíces de los más grandes árboles. Ese suelo artificial estaba lleno de árboles de toda especie, capaces de encantar la vista por sus dimensiones y su belleza. Las columnas se levantaban gradualmente, dejando penetrar por sus intersticios á la luz, y daban acceso á los numerosos departamentos reales adornados con gran variedad. Una sola de esas columnas iba de la base á la cúspide: además había máquinas hidráulicas que hacían subir del río una gran cantidad de agua, sin que persona alguna pudiera verlo del exterior.»

Así el arte de los jardines, esta parte importante y graciosa del lujo público y privado existía en el grado más notable. No sólo se practicaba con éxito el arte de transplantar los árboles, sino que la hidráulica aplicada al arte de regar, realizaba obras que aun hoy día excitan nuestra admiración.

CAUSAS Y FUENTES DEL LUJO BABILÓNICO.

Tal fué la ciudad: en ella es en donde debía el lujo público y el lujo privado desarrollarse en proporciones sorprendentes y bajo formas que todavía debemos presentar, lo que haremos tan pronto hayamos indicado las causas y sus fuentes.

No tenemos por qué insistir en esas causas inherentes, por decirlo así, á la sociedad antigua.

Por todas partes se encuentra esta sociedad, aun cuando en grados muy diferentes según las naciones, y la vemos siempre entregada al engaño, á la conquista, al gusto en los placeres, á religiones que bien que mucho más elevadas en un principio de lo que comunemente se hace, acaban, entre las manos de pueblos incultos y de sacerdotes charlatanes y áyidos, en un materialismo brutal.

El ilimitado despotismo de un hombre solo, las excesivas desigualdades, la explotación sin piedad de la raza vencida por la raza victoriosa, debían dar á los excesos del lujo de todo género un inmenso campo.

Tal vez en ciudad alguna mejor que en Babilonia se vió desplegar ese genio de construcciones soberbias que es uno de los caracteres del Oriente.

Añadamos que un conjunto particular de circunstancias favorecía ese fausto y esos refinamientos.

Colocado entre el Éufrates y el Tigris, la Caldea ofrecía una admirable situación.

Dicho se está que fueron necesarios grandes esfuerzos para poner coto á los desbordamientos del primero de esos ríos: ruda y fuerte escuela de trabajo y de industria. Hubieron

los habitantes, ante todo, de conquistar su suelo, como los pueblos próximos al Nilo. Hicieronlo por medio de diques, de canales y de lagos. Hasta se sacó partido de los pantanos. El cultivo se resintió de muy favorable manera, gracias á ese sistema general de regadío. Una fecundidad extraordinaria fué su resultado para los cereales. Si los árboles eran raros en general, los datileros y palmeras abundaban y de ellas se sacaba vino y miel. La vida material, en una palabra, favorecida por el clima y por las circunstancias físicas, debía ser fácilmente voluptuosa como en todos los países de llanuras y en esas regiones donde reina durante largos meses un calor excesivo.

Debía, además, el lujo de construcción ser secundado muy mucho por los materiales que el suelo daba en cantidad.

Verdad es que era necesario llevar por el Éufrates las piedras de talla procedentes de las comarcas situadas al norte. Pero por todas partes se encontraba en los alrededores de Babilonia una arcilla excelente, la cual, secada al sol, se cocía luego en los hornos y resistía todas las intemperies. El mortero suministrábanla abundantes fuerzas de betún.

Lo que todavía debía ayudar más al lujo, era la situación de ese país entre la India y el Mediterráneo. Por ahí pudo convertirse en almacén de depósito de las mercancías preciosas de Oriente que se transportaban al Occidente.

He aquí como esta capital, que se había convertido con el tiempo, y después de Nínive, en mansión favorita de los príncipes conquistadores, pudo fijar, por decirlo así, y atraer cada vez más en su seno el lujo y las delicias. Ezequiel define esta comarca «el país en donde florece el comercio y en donde está la gran ciudad comerciante.» Ese comercio debía alimentar la mayor parte de los refinamientos babilónicos.

Hasta qué grado llegaron esos placeres y esas vanidades del lujo, lo comprenderemos cuando hayamos dado una mirada al lujo público, que ante todo se caracteriza por el culto y los edificios sagrados.

EL LUJO PÚBLICO EN BABILONIA.

La parte más imponente del lujo público en Babilonia es el lujo religioso, entendiendo por él el fausto monumental de los templos, sus decoraciones interiores, así como los resplandecientes esplendores de un culto que hablaba á los sentidos.

Los dos principales templos, de los cuales ha podido la arqueología oriental dar mayores detalles, son: 1.º el Templo del cielo y de la tierra: 2.º El Templo de las siete luces de la tierra: uno y otro están designados con indicaciones muy especiales en la grande inscripción de Nabucodonosor depositada en el Museo británico bajo el nombre de inscripción de la Compañía de las Indias. Caractericémoslos por las relaciones que los unen á nuestra materia, dejando á un lado aspectos no menos importantes.

En el templo del cielo se reconoce la pirámide descrita por Estrabón con el nombre de tumba de Belo, magnífico edificio que se elevaba en la ciudad real y que parece haber sido como el templo metropolitano.

Parece que todos los géneros de decoración se agotaron en ese monumento, cuyas ruinas, que aun hoy subsisten, no pueden dar idea alguna de lo que el mundo entero iba á admirar diez siglos antes de la era cristiana, cuando la mano de un soberano poderoso lo adornaba con todos sus esplendores.

Una cúpula de oro y de mármol, cuya estrellada bóveda era una imagen del firmamento, coronaba el santuario en donde se promulgaban los oráculos.

En los diversos pisos de la pirámide estaban colocados otros santuarios consagrados á las principales divinidades.

En fin, á la cúspide se levantaba el edificio que los textos epigráficos llaman el templo de las *Bases del mundo ó bases de la tierra*.

El altar de Merodach, que en un principio era de plata, fué labrado de oro por orden de Nabucodonosor. Las armaduras empleadas en el edificio eran de madera de ciprés llevada del Libano.

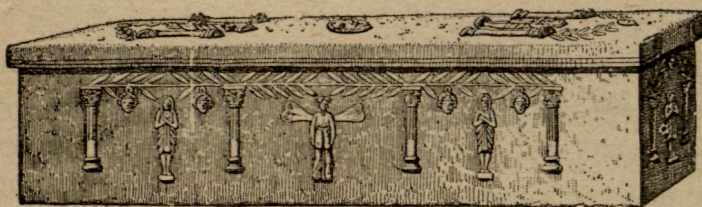


Fig. 208.—Ataud de plomo.—Fenicia.

Ofrecía el *Templo de las siete luces de la tierra*, bajo las mismas relaciones, particularidades no menos dignas de atención.

Este edificio, lo mismo que el famoso templo de Belus ó Bel, descrito por Herodoto y llamado por los babilonios *Val-Zida*, se levantaba en Borsippa, ciudad que sólo hasta más tarde no fué reunida á Babilonia.

Era, pues, de la más grande antigüedad, y los últimos trabajos arqueológicos lo relacionan con la Torre de Babel, monumento auténtico, intérpretese como se quiera la relación bíblica.

No ofrecía esta torre desde un tiempo inmemorial más que un montón de ruinas, cuando Nabucodonosor emprendió su restauración. Una inscripción hallada en medio de las ruinas de ese templo dice: «No he cambiado de sitio; mis cimientos no se han alterado. En el mes de salvación, ó propicio, he abierto las arcadas de ladrillo crudo de los macizos y el ladrillo cocido de los revestimientos. He ajustado las rampas circulares; he inscrito mi nombre en el friso de las arcadas. He empleado mi nombre en reconstruir Val-Zida y en elevar el techo como antes hubo de estar: yo la he refundido y reconstruído como hubo de estar en los lejanos tiempos; yo he elevado su coronamiento.»

Herodoto había hablado en sencillo lenguaje, pero que no ocultaba su admiración, de esas torres sobrepuestas las unas á las otras en número de ocho y que formaban el más prodigioso espectáculo. «Trátase, dice, de un cuadrado regular que tiene dos estadios en todos

sentidos—unos 270 metros.—Vese en medio una torre maciza que tiene un estadio—135 metros—lo mismo de largo que de ancho; sobre esta torre se eleva otra, sobre esta segunda se levanta una tercera, y así sucesivamente, de modo que se cuentan ocho.»

Los siete pisos coronados por el santuario del dios. Sus revestimientos de color figuraban los siete colores siderales.

Puédese formar una idea de la magnificencia de los adornos interiores por el testimonio directo del mismo Herodoto, y por las descripciones de Diodoro, que habló de ellos copiando á Ctesias:—«En la torre superior, escribe, hay una capilla, en esta capilla un lecho magníficamente cubierto, cerca de él una mesa de oro... En ese templo, hay en la parte baja otra capilla, en la que se ve una grande estatua de oro que representa á Jupiter—Bel-Merodach—sentado. Cerca de esta estatua hay todavía una mesa de oro, y otro altar muy grande en el que se sacrifica el ganado. Los caldeos queman también en ese grande altar, todos los años, el día de la fiesta del Señor, mil talentos de peso de incienso.»

Diodoro añade otras particularidades acerca de esta maravilla. Señala especialmente la presencia de imágenes de oro de divinidades á las que da los nombres de Jupiter, Juno y Rhea. Esta última, figurada sentada sobre un carro de oro, tenía cerca de ella dos leones y dos inmensas serpientes de plata. La de la divinidad á quien llama Juno tenía en la mano izquierda un cetro guarnecido de pedrería. En el templo el oro estaba esparcido con la misma profusión. Delante de esas tres estatuas hay puesta una mesa plaqueada, de cuarenta pies de largo, por quince de ancho y que pesa 500 talentos—15,000 kilogramos—en la cual estaban colocadas dos urnas del peso de 30 talentos. Había en ella también dos vasos para quemar perfumes, que pesaban cada uno 300 talentos, y tres cráteres de oro, de los cuales uno estaba consagrado á Júpiter-Belo-Bel-Merodach y pesaba 1200 talentos babilónicos y los otros cada uno 600.

Pero, ¿qué testimonio puede valer el de su mismo autor, de ese monarca de quien no se puede desconocer la grandeza y la fuerza que bastan á explicar su loco orgullo?

La inscripción del rey Nabucodonosor señala expresamente lo que ha añadido en punto á adornos á esos dos grandes edificios.

Citemos esta sorprendente inscripción hallada por Rawlinson en Brits-Nemrod. Ella da á esas lejanas cosas su verdadero color histórico y local, é ilumina profundamente el carácter religioso, así como el género de lujo de esas perdidas civilizaciones: «—Nabucodonosor, rey de Babilonia, servidor del Ser eterno, testigo de la inmutable afección de Merodach, el poderoso emperador que exalta Nebo, el salvador, el sabio que presta su oído á los mandatos del Dios Supremo, el vicario de ese Dios, que no abusa de su poder, el reconstructor de la pirámide y de la Torre, hijo Mayor de Nabopolassar, rey de Babilonia, rey.—Nosotros decimos: Merodach, el gran señor, me ha engendrado á mí mismo; y me ha mandado que se construya un santuario. Nebo que vigila las legiones del cielo y de la tierra, ha cargado mi mano con el cetro de la justicia.—La pirámide es el templo del cielo y de la tierra, la mansión del Señor de los dioses, Merodach; yo he hecho recubrir de oro puro el Santuario en donde descansa la soberanía.—La torre, la casa eterna, yo la he refundido y construido en plata, en oro, y en otros metales preciosos, en piedra, en ladrillos barnizados, en ciprés y en cedro; ya he acabado la magnificencia.—El primer edificio, que es el Templo de las bases de la tierra, y al cual se remonta el más antiguo recuerdo de Borsippa, fué construido por un rey antiguo—y de él se cuentan cuarenta vidas humanas—pero no levantó su coronamien-

to. *Los hombres le habían abandonado desde los días del diluvio, en desorden profiriendo sus palabras.* Los terremotos y el rayo habían quebrantado el ladrillo caído, y habían hundido el ladrillo cocido de los revestimientos. Yo he inscrito la gloria de mi nombre en los frisos de las arcadas.—Yo he empleado mi mano en reconstruir la Torre y en levantar el coronamiento: como antes hubo de estar, yo lo he refundido y reconstruido: como ella hubo de estar en los lejanos tiempos, de esta manera he levantado el coronamiento. Nebo que tú mismo te engendras, inteligencia suprema, dominador que exaltas Merodach, sé enteramente propicio á mis obras para mi gloria. Concédeme para siempre por la perpetuidad de mi raza en los tiempos lejanos la solidez del trono, la victoria de la espada, la pacificación de los rebeldes, la conquista de los países enemigos. En las columnas de la tabla eterna que fija las puertas del cielo y de la tierra, consigna el curso afortunado de mis días, inscribe en ella la fecundidad.—Imita ¡oh Merodach! rey del cielo y de la tierra, al padre que te ha engendrado, bendice mis obras, sostén mi dominación.—Que Nabucodonosor, el rey que levanta las ruínas, permanezca delante tu faz.»

Acabemos de señalar todo lo que se refiere al lujo religioso. Todavía es Nabucodonosor, ese príncipe que en todo expresa una tan singular mezcla de sentimientos piadosos por sus dioses y de soberbia arrogancia, quien nos da á conocer el lujo de *Val-Saggatón, templo que levanta la cabeza.*—«Yo he emprendido, dice, *en Val-Saggatón*, la restauración de la mansión de Merodach: yo he dado á su cúpula la forma de un lirio, yo la he revestido de cincelado oro, de suerte que resplandece como el día. En la alta colina, en donde se paseaban los destinos, fuera de nuestra ciudad, estaba el altar de los *Destinos*; erigiéronse en Val-Saggatón durante las fiestas de primero de año. Este altar, el altar de la soberanía del sublime señor de los dioses, Merodach, fué hecho de plata por un antiguo rey; yo lo he hecho revestir de oro puro y de un peso inmenso. Yo he empleado en los artesonados de la cámara de los oráculos los más grandes árboles, que he hecho trasportar de las cúspides del Libano. Yo he recubierto de oro los enormes maderos de ciprés empleados en los artesonados de la cámara de los oráculos; en la parte inferior de los mismos, he hecho incrustaciones de oro, de plata y de otros metales. Yo he hecho incrustar de vidrio la bóveda del santuario místico de Merodach, de suerte que representa el firmamento con sus estrellas. La maravilla de Babilonia, yo la he reconstruido y restaurado; es este templo de las bases del cielo y de la tierra, del que he elevado el coronamiento en ladrillo, revistiéndole enteramente con un chapitel de cobre.»

No haremos más que citar otros templos entre los muchos que se citan: el de la Soberanía-Sublime, el de Bilit-Zarpanik; el templo de la diosa de la cima de las montañas; el templo del que confía el cetro, Nebo; el templo de la gran luz, ó dios Sin, el templo del *juez del mundo* el dios Samas; el del *dispensador de las tempestades*, Bin; el de *las profundidades*, el de las *altas montañas*, en honor de la gran diosa Nana, y todavía entre otros, el *gran templo, el templo de la vida, el templo de la alma viviente*, «tres maravillas.» Inscripciones hay también en las que se hace mención de otros edificios religiosos construidos en Lippara, en Larsam, en Oror, en Nipour, etc.

El lujo de los ídolos no estaba por debajo de esta pompa tan brillante de los edificios sagrados. Los materiales más preciosos se empleaban por los artesanos de esas estatuas. La de 60 codos, que Nabucodonosor hizo levantar en la llanura de Doura, y todas las descripciones que nos han dejado los Libros santos del lujo monstruoso de la grande Babilonia,

no permiten duda alguna acerca de esta singular magnificencia. Isaías, al profetizar la caída de Babilonia, señala con indignación el gran número de ídolos que poblaban los templos: «Bel ha sido roto, Nebo quebrado, los ídolos de los babilonios han sido cargados en bestias y caballos; esos dioses que lleváis en vuestras solemnidades, cansan por su peso á las bestias que los llevan.»

Esos ídolos eran la representación en acto de la figura del hombre en todas sus actitudes y en todos sus aspectos. Tenían los mismos miembros y los mismos órganos, llevaban los mismos vestidos, estaban cubiertos de las mismas armas, adornados con las mismas joyas, honrados con los mismos atributos.

Nada como esta semblanza con el hombre para excitar la cólera de los profetas hebreos. Puede juzgarse de ello por Baruch, lleno por otra parte de tantas noticias acerca del lujío de los ídolos, mezcladas con sus virulentos apóstrofes... «Vosotros veréis en Babilonia, dijo él á los judíos que se llevaban en esclavitud, dioses de oro y de plata, de piedra y de madera, que se llevan sobre las espaldas y se hacen temer por las naciones. La lengua de esos ídolos ha sido cortada por el escultor. Las mismas que están cubiertas de oro y de plata no tienen más

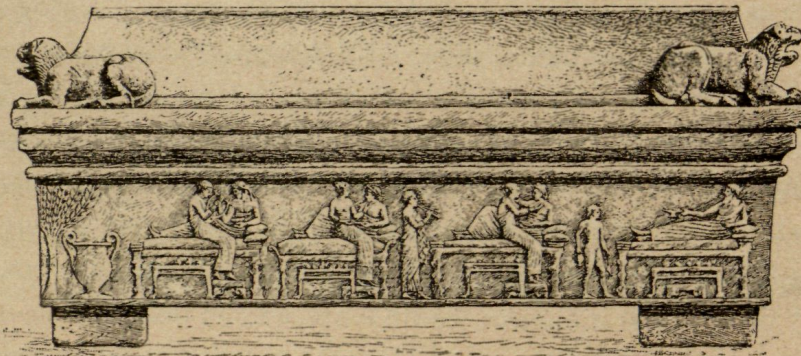
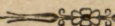


Fig. 209.—Sarcófago de Athienau.—Cipre.

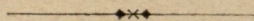
que una falsa apariencia y no les es posible hablar. De la misma manera que se hacen adornos para una niña que gusta engalanarse con ellos, después de haber hecho á esos ídolos, se los adorna con oro. Los dioses de esos idolatras llevan coronas de oro á la cabeza, pero sus sacerdotes sacan de ellos el oro y la plata para servirse á sí mismos. Esos dioses no pueden defenderse ni del orín ni de la carcoma... El uno lleva un cetro como un hombre, como un gobernador de provincia, pero es incapaz de hacer morir al que le ofende. El otro tiene una espada y una hacha en la mano, pero no puede servirse de ellas en la guerra, ni defenderse contra los ladrones... Esos dioses de madera, de piedra, de oro y de plata no se salvarán en modo alguno de ladrones y de violadores.»

Nabucodonosor queda como el eterno tipo del despotismo constructor. Salomón *en toda su gloria* no imprime en sus trabajos ese carácter gigantesco; no tiene ese inmenso orgullo que estalla en demencia en el monarca babilonio. La relación de Daniel forma un drama conmovedor. Lo que causa el delirio de ese príncipe absoluto, es el esplendor de su fausto. Quiere hacerse adorar como á un dios, y él mismo da el ejemplo. ¿No es maravilloso que lo que le hace caer en esa idolatría, no es el haber vencido las naciones, sino el testimonio que se da de haber construído la gran ciudad del lujo? Paséase solo por su palacio, y de pronto exclama:—«No es esta la gran Babilonia, de la que he hecho el centro de mi reino y que he

construido en medio de la grandeza de mi autoridad y en medio del brillo de mi gloria?»
 «Entonces, dice Daniel, resonó una voz en el cielo que dijo:—Hé aquí lo que se os anuncia ¡oh Nabucodonosor! vuestro reino va á pasar en otras manos. Se os va á expulsar de la compañía de los hombres; habitaréis con las bestias del campo, y siete años pasarán por vos antes que reconozcáis que el Muy alto tiene un poder absoluto sobre los reinos y los hombres, que los da á quien le place.» Tal fué, expresado con los rasgos de una alegoría llena de enseñanza, el gran castigo impuesto al lujo constructor en la persona de ese déspota asiático.



LUJO CIVIL Y ARTES DECORATIVAS.



Apenas si fué menor el lujo de los monumentos consagrados al esplendor monárquico del que se empleó en los templos consagrados á las divinidades nacionales.

Ese fausto monárquico alcanzó su apogeo cuando la misma ciudad hubo adquirido toda la magnificencia que hizo de Babilonia una ciudad real, la reina de Oriente.

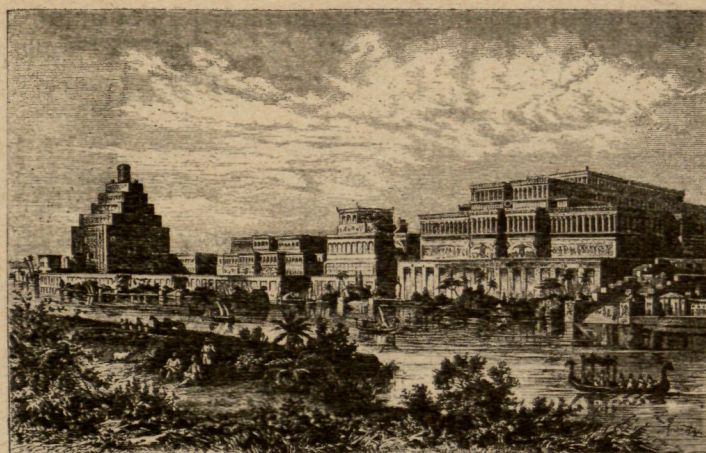


Fig. 210.—Restauración de Nínive.

Los resultados obtenidos por la ciencia moderna permiten darse cuenta del sucesivo desenvolvimiento de los grandes trabajos que han transformado y embellecido á Babilonia. Vese de ello la continuación durante Binlikhous III y durante la reina Sammouramit, la Semíramis histórica, la esposa de Binlikhous, durante Assaraddon, luego durante Nabopolassar y Nitocris.

Pero Nabucodonosor desempeña aquí el mismo papel preponderante. Reconstruye la ciudad bajo un plan á la vez más vasto y más magnífico. Construye un nuevo palacio de proporciones gigantescas y mucho más suntuoso que el antiguo.

Son todavía las inscripciones las que nos enseñan lo que sabemos; es el mismo monarca quien se expresa de esta suerte, acerca de este palacio, en la gran inscripción conservada en Londres:—«Nabopolassar, rey de Babilonia, mi padre, había principiado á construir el palacio con ladrillos y había elevado en el centro un altar. Había sumergido sus cimientos en agua profunda.—Yo he sentado las bases por medio de una obra de ladrillos; yo he puesto la piedra de fundación. Yo he llegado hasta el nivel de las aguas y he puesto en lo profundo las bases del palacio. Yo le he construído en betún y en ladrillo. Yo he empleado para sus armaduras grandes maderos de cedro con armaduras de hierro: yo he empleado ladrillos barnizados formando inscripciones y asuntos, y obras en ladrillo barnizado encuadran también las puntas. Yo he amasado plata, oro, metales, piedras preciosas de todo género y de todo valor, una colección de objetos de precio, tesoros inmensos. Yo he establecido una valiente cohorte, la guarnición de la monarquía.»

De modo que el fausto no está sólo en las proporciones colosales del edificio elevado á la gloria de la monarquía absoluta de los príncipes babilónicos; el lujo estaba en los detalles. En fin, además de la decoración que lo adornaba, encerraba el palacio una colección de objetos preciosos y un tesoro protegido por una fortaleza.

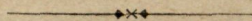
Sin embargo, las artes decorativas parecen en Babilonia inferiores á lo que habían sido en Nínive. La escultura deja mucho que desear, si se juzga por la muestra colosal encontrada en el palacio de Nabucodonosor. Pero es necesario señalar el gran empleo de pinturas en esmalte en la decoración de los palacios, pinturas acompañadas de inscripciones en caracteres cuneiformes.

En las pinturas de ladrillos esmaltados hallados hasta hoy, las letras están en esmalte blanco sobre fondo azul y presentan un cierto relieve. Los personajes y los animales figurados en estos esmaltes estaban modelados de manera que ofrecían una ligera salida antes de que se aplicase el color. Los ladrillos, de esta manera modelados y coloreados, se presentaban luego á la cochura.

Por lo demás, esas pinturas en esmalte no eran las solas que los babilonios hicieran entrar en la decoración de sus edificios. Algunos pasajes del capítulo XXIII de Ezequiel muestran, en medio de detalles de la más violenta crudeza, á qué grado habían llegado los artistas caldeos en la representación de la naturaleza:—«Ooliba, se lee, habiendo visto hombres pintados en la muralla, imágenes de caldeos trazados con colores, con sus cinturones sobre las caderas, en la cabeza tiaras de diferentes colores, que parecían todos oficiales de guerra y tenían el aire de hijos de Babilonia y del país caldeo, en donde habían nacido.—Ooliba se dejó llevar de la concupiscencia de sus ojos; y concibió por ellos una loca pasión, y les envió sus embajadores en Caldea. Y habiendo los hijos de Babilonia ido á ella, ella ha sido corrompida por ellos y su alma se ha saciado de ellos.»

Los resultados de los descubrimientos no dejan duda alguna en lo que había de fastuoso y de efímero en el arte babilónico. Permitido es, pues, hacer una conclusión, y esta es la de que la civilización caldea había llegado á un grado de refinamiento que se produce á menudo en las artes por la exageración de las proporciones y la extremada riqueza de las materias empleadas: lo que, lejos de crear obras duraderas, no es, por lo contrario, más que una causa de pronta é inevitable destrucción.

LUJO PRIVADO BABILÓNICO.



El lujo privado, los corrompidos refinamientos de una civilización, por decirlo así, superficial que deja subsistir en el fondo la barbarie, no han quedado menos como signo característico de la antigua Babilonia que del gran lujo público.

Débase, sin embargo, no confundirlo todo en una censura común.

Sin duda se espresan erradamente ciertos historiadores en ver una señal de un lujo vergonzoso en la belleza de los trajes, en la perfección de las telas de lino, lana y algodón, en la habilidad de la tintorería, en el rico tejido y en los vivos colores de los tapices adornados con animales fantásticos que Persia debía copiar de Babilonia.

¿Por qué señalar con esos historiadores como un lujo censurable esos usos de los pueblos ricos, los objetos del tocado, los perfumes, y esta otra moda especial de los babilonios, esos bastones cincelados con arte, que era costumbre llevar en la mano, y en los que había representados animales y otras figuras?

¿En qué nación no se encuentran también las piedras talladas que en Babilonia se trabajaban, y con las que se hacían sellos, y que, sobre todo, se importaban á la India, ese punto principal de extracción de onix, sardónica, y lapislázuli?

La prodigalidad, el abuso de las riquezas, la pasión inmoderada que existían, he aquí el lujo que Babilonia conoció, por desgracia, con exceso.

Embriagóse ciertamente con muchas otras delicias. Los suntuosos festines degeneraban á menudo en borracheras y en la lujuria. Los voluptuosos haremes, en los que las mujeres se mezclaban en las orgías de los hombres, fueron una escuela de depravación.

A todo se llevó el furor, hasta en el lujo de todo punto aristocrático de los caballos y de los perros de caza. Así llegó á suceder que un sátrapa de Babilonia, Tritantechmis, había consagrado especialmente á la manutención de sus perros de castas indias, á cuatro pueblos de su mando y en consecuencia los exceptuó de todo otro impuesto.

En vastos espacios, en los que se prohibía toda cultura, pululaban leones y toros salvajes que se mataban á centenares.

¿Cómo, hasta en ausencia de muchas particularidades relativas á las costumbres, olvidar la unanimidad de los historiadores en punto á pintarnos á los babilonios como la gente más apasionada por el fausto? Represéntanlos como sometidos á una multitud de necesidades ficticias que no podían satisfacer más que por medio de relaciones con varios pueblos

de quienes estaban bastante lejos. Descubren sus disoluciones licenciosas. ¡Qué pueblo aquel, que tenía por costumbre abandonar, á lo menos por una vez, á las mujeres á los forasteros en el templo de Mylitta! ¡Qué degradación la del sexo femenino, comprobada por la costumbre de hacer encanto de las hijas núbiles!

Lo mismo que para Ninive, no hay imposibilidad respecto á encontrar las causas que particularmente explican esos excesos de un lujo abusivo y depravado.

Podríase, pues, de primera intención, vacilar en contar entre ellas la religión, si ésta consistiera pura y simplemente en una metafísica elevada, objeto de una enseñanza reservada á algunos iniciados. La de los babilonios ofrece dogmas bastante nobles para que uno se sienta más bien llevado á acusar á las costumbres de haberse sublevado contra ella. Pero si los sacerdotes conocían y enseñaban á un corto número el «Dios uno», cuyo nombre á menudo figura en los monumentos, ese culto se complicaba con elementos impuros que lo desnaturalizaban y que tendían á corromper profundamente las costumbres.



Fig. 211.—Sancherib en el trono.

Las supersticiones astrológicas y el culto todo material dado á una multitud de groseros ídolos, debían contribuir á sumergir á los hombres en una rebusca desenfrenada de los placeres.

La picardía explotaba esas supersticiones, y los sacerdotes se mostraban hábiles en punto á sacar de ellas el alimento de su propio lujo. El profeta Baruch los acusa de robar el oro y la plata de los ídolos, y de servirse de ella para mantener mujeres impúdicas; acúsales de vender las ofrendas; en fin, de que se apropian lo que se había reservado á los pobres.

Al mismo tiempo que el carácter fatalista y sensual de las creencias religiosas vulgares, la constitución social, por lo demás sensiblemente diferente de la que nos presenta la Siria, llevaba al mismo género de excesos.

La población estaba compuesta de las más diferentes razas, principio frecuente de corrupción y fuente inevitable de extremas desigualdades.

La división en castas entregadas á ocupaciones diversas, ejerciendo unas la opresión y otras sufriendola, se encontraba allí en todo su rigor.

Vivía la multitud de una manera miserable, y toda una numerosa clase de pescadores, reducida á alimentarse de pescado seco, vegetaba en un estado de privación casi absoluto. La casta sacerdotal, que pertenecía á la raza conquistadora de los caldeos, debía pesar muy duramente sobre los vencidos. En donde la fuerza no obraba, el charlatanismo hacía su camino sacando partido hasta de los horóscopos y de los pronósticos de los accidentes atmosféricos. Esos medios, que enriquecían esta casta, contribuían también á fortalecer su imperio sobre almas llenas de terror.

El mismo trágico fin que había sufrido Ninive esperaba á Babilonia.

Su destrucción por los persas está en todas las memorias.

Isaías parece que comunica con su estilo el espanto de Baltasar á la vista de la misteriosa inscripción aparecida en los muros de la sala del festín.

A propósito de la famosa ciudad, exclama:—«Quienquiera que sea encontrado dentro de tus murallas morirá: todos cuantos se presenten para defenderlas serán pasados á cuchillo.

Esta grande Babilonia, esta reina entre las reinas del mundo, que ha llevado tan alto el esplendente orgullo de los caldeos, será destruída, como el Señor al derribar Sodoma y Gomorra. Nunca más será habitada, y no será reconstruída en la sucesión de los siglos; los árabes ni siquiera plantarán allí sus tiendas, y los pastores no irán á ella para descansar. Pero las bestias salvajes se reunirán allí; sus casas se llenarán de serpientes; los avestruces las habitarán, los sátiros celebrarán en ellas sus danzas, los buhos gritarán á más y mejor en esas soberbias casas y las crueles sirenas habitarán en esos palacios de delicias.»

Por la noche, menospreciando Cyro los sabios preparativos hechos para sostener un largo sitio, mudó el curso del Eufrates arrojándolo al lago Nitocris, y con esto el río se hizo vadeable, permitiéndole entrar en la ciudad por sorpresa en aquella noche en que todos los babilonios se entregaban á los placeres de la festividad del día. Hubiérase dicho que hasta el fin había de parecerse á esos príncipes voluptuosos que la gobernaban. Así fué herida de muerte en el seno de las delicias en que con tanta imprevisión descansaba.

Otras Babilonias debían elevarse, tanto en Occidente como en Oriente, imitadoras de ese lujo, y estigmatizadas con su nombre, y no menos olvidadizas de la lección que recibía esa vieja ciudad de Oriente 500 años antes de Jesucristo.



Fig. 212.—Assurnazirpal ofreciendo una libación á los dioses.

En cuanto al lujo babilónico, fué algo más que un hecho aislado: fué escuela de corrupción, pues presentó á la imitación de los pueblos el más funesto de los modelos. Famosa en todo Oriente:—«Babilonia era una copa de oro que embriagaba toda la tierra; todas las naciones habían bebido su vino y habían sido agitadas por ella.»—*Jeremias*.

Los libros santos explican esas solemnes caídas como un castigo especial de Dios. La mera razón reconoce en ellas el inevitable resultado de la violación de las leyes morales dadas por Dios mismo al mundo.

El lujo corrompido es el veneno de las sociedades fundadas sobre los arreglos ficticios y efímeros de la fuerza.

Los vencedores quieren gozar. Apenas lo logran, cuando otros se arrojan sobre la brillante obra, pero sin consistencia, que han conseguido fundar. Reblandecidos por los placeres, no tienen más que sucumbir.

Ha podido el mal deslizarse por otros caminos en sociedades que no llevaban al mismo grado ese vicio original. Pero tal es la razón más general de esos prodigios de fausto y de lujo producido ficticiamente y por la violencia destruídos. ¿Bastará decir que el hombre

lleva un fondo de corrupción y que en todas partes se ha corrompido? No es posible contentarnos, en presencia de tales fenómenos de excepcionales proporciones, con esta explicación uniforme y banal. Hasta el desigual valor de las religiones no basta para hacer comprender que el mal se desenvuelve, ora en mayor, ora en menor escala. Para esas grandes poblaciones antiguas es preciso, pues, colocar en primera línea, entre las causas que exageraron un lujo disolvente, la violenta explotación de la masa por conquistadores, convertidos en señores absolutos, y la facilidad de abusar de los placeres que preparan futuras y terribles expiaciones.

